

Caídas

■ ■ J.R.M. Ávila*

Una madrugada, la abuela despertó con una sed que casi la ahogaba, quiso decírselo al abuelo pero sus labios no se despegaron y, además, con la lengua reseca adherida al paladar, no pudo emitir palabra. Se dirigió con paso lento hacia la cocina y tomó agua como acabando de escapar de un desierto. Al regresar, notó la cama vacía y recorrió la casa sin encontrar al abuelo. Intrigada, encendió la luz y se quedó parada en el pasillo hasta que pensó en mejor dormirse.

La detuvieron unos ronquidos. ¿De dónde venían? Se asomó bajo la cama y sólo se topó con las pantuflas. Escudriñó tras la vitrina en que descansaba la bayoneta del tío José y ni trazas de que el abuelo se escondiera ahí para contrariarla. Vagó por la casa hasta que dirigió la mirada al cielo falso del dormitorio y lo descubrió flotando, tendido espalda abajo, durmiendo profundo.

“¿Qué haces allá arriba, Miguel?”. “Estoy soñando”, dijo él con voz lerda, pero sin despertar. “Déjate de zonceras y baja ya. ¿O es que piensas pasarte ahí la noche entera?”. “Déjame otro ratito, Agustina. ¿No ves que sueño? ¿Qué tiene de malo?”. “Soñar tan alto no es bueno para nadie”. “Pero es bonito”. “Será bonito, como dices, pero a los pobres en nada nos aprovecha soñar de esa manera”. “Pero, vieja, no seas así”. “¡Miguel! ¡Si no bajas, subo a bajarte!”. Él no contestó y, tal vez preocupado de que la abuela tuviera un accidente al cumplir la amenaza, descendió acostado en el aire y retomó su lugar en la cama. La abuela, ya tranquila, apagó la luz, se acomodó en su lado de la cama y durmió sin prestar más atención al contratiempo.

Mientras desayunaban, le dijo: “Anoche estuviste soñando muy raro”. “¿Cómo lo sabes?”. “Lo sé, nomás. Ha de haber sido algo bonito, porque no querías dejar de hacerlo”. En ningún momento se le ocurrió contarle que lo había visto flotando en el aire. La levitación se repetía tanto que ya ni atención le ponía. Si lo buscaba a su lado y no lo encontraba, se tranquilizaba al verlo flotando y se reacomodaba para seguir durmiendo.

Tiempo después, ya muerto el abuelo, contemplaba el cielo falso del dormitorio, pensando en lo bueno que había sido tenerlo vivo, aunque por las noches se la pasara suspendido en el aire. Sin embargo, a falta del abuelo, era su retrato el que levitaba para que lo recordara ella, aunque se desplomara enojado cuando no conseguía atraer su mirada. “¿Qué sueñas ahora que estás muerto?”, le preguntaba como si la escuchara. Si de repente se desplomaba el retrato le decía: “¿Qué pasó? ¿No te gustó tu sueño? ¿Era pesadilla?”. En seguida lo reacomodaba en la repisa: “Me vas a volver loca con tus sueños o voy a terminar sin espalda de tanto recogerte”. Y remataba: “Si sigues con lo mismo, voy a encerrarte en un cajón”.

Él re incidía y ella sonreía negando con la cabeza al descubrir el vidrio intacto y hacerle una caricia con las yemas de los dedos. “Sabes que nunca te encerraría en un cajón, ¿verdad? Yo estoy segura de que no te enojas de veras. Sé que lo haces para que voltee a verte. Pero tienes que comprender. No se trata de que haya dejado de quererte. Tú mismo ves el trabajal que tengo. Antes me ayudabas, pero ahora tengo que hacerlo todo sola. Y no es que te lo reproche, sino que te lo recuerdo por si ya se te olvidó”.

Con pasos pausados, arrastrando las pantuflas, se encaminaba a la cocina. Se detenía y regresaba para decirle: “No vuelvas a caerte mientras no estoy. Voy por tus jazmines”. Retomaba su camino, se le escuchaba abrir y cerrar la puerta del patio, donde armaba un trajinar sosegado, apenas levantando un leve rumor. Regresaba y se detenía frente al retrato: “¿Ya ves? ¿Qué te cuesta portarte bien?”. Convencida

* Autor de los libros *Ave Fénix*, *Relámpagos que fueron* y *La Guerra Perdida*. Ha publicado en las revistas *Entorno*, *Política del Noreste* y *A Lápiz* de la UPN Unidad 19B de Guadalupe, N. L.; *Entorno Universitario* de la Preparatoria 16, *Reforma Siglo XXI* de la Preparatoria 3, *Polifonías* de la Preparatoria 9 y *Conciencia Libre*. Correo: jrmavila@yahoo.com.mx

de que el aroma le hacía más llevadera la muerte al abuelo, cambiaba los jazmines marchitos por recién cortados y renovaba el agua.

Lo celoso le llegó después de muerto. Fue un día en que la abuela dejó entrar a un muchacho para que cambiara el foco de la sala, que era el más alto de la casa. El abuelo cayó tres veces y hubiera seguido haciéndolo de no ser porque la abuela, tras de despedir al muchacho, se arrodilló ante el retrato: “No tienes por qué ponerte celoso. Mírame. ¿Tú crees que alguien se va a fijar en mí, a mi edad y con tantas arrugas?”.

Tal vez tuviera razón, pero el abuelo no reparaba en la edad ni en las arrugas de la abuela sino en sus ojos que continuaban siendo hermosos y brillaban todavía como cuando se enamoró de ella. ¿Cómo no ponerse celoso ahora que se encontraba tan ausente y no podía comunicarse más que dejando caer su retrato?

De nada servía que ella le mostrara el acta de defunción. “Convéncete, mira, lee bien esto, aquí lo dice claramente. Ya estás muerto. Descansa en paz”, le decía en los primeros meses. El abuelo veía detenidamente desde el retrato, como sin dar crédito, convencido de que le jugaba una broma. Nunca se hizo a la idea de que había muerto. La abuela tampoco, pero no era lo mismo hacerse a la idea de la muerte del otro que a la de uno mismo.

Se convenció a medias cuando la nieta más pequeña reclamó en una visita de domingo: “¿Por qué dicen que mi abuelito se fue al cielo? ¿Por qué me echaron mentiras?”, hasta los tictacs de los relojes se escucharon más fuertes. “Anda caminando ahí”, dijo señalando hacia el pasillo. “No, m’hijita, debe haber sido el gato que pasó corriendo y lo confundiste con el abuelo por lo oscuro que está el pasillo”. “No es cierto. Los gatos no tienen dos pies. Tienen cuatro patas. Y él andaba parado en dos

pies”. La impresión fue tan grande que uno de los relojes se quedó señalando el momento preciso en que la nieta presencié la aparición.

Ya que se retiraron las visitas, antes de acostarse, la abuela se acercó al retrato, se le quedó viendo severa, y negó con la cabeza. El retrato del abuelo empezó a levitar y ella, con áspera voz le reconvino: “¡Ni se te ocurra!”, y el retrato volvió a posarse en la repisa. “¿Crees que quedas muy bien asustando así a la niña?”. Siguió negando con la cabeza y con una mirada que no se le desea ni al enemigo más encarnizado. “Ni así te convences, ¿verdad? ¿Acaso crees que la muerte es un juego?”. No dijo más, se metió en la cama sin decir hasta mañana o buenas noches, como acostumbraba al finalizar cada día.

El retrato permaneció inmóvil hasta el sábado en que la abuela se acercó: “Por si no te acuerdas, mañana es domingo y vamos a tener visitas. Espero que no vayas a asustar a nadie”. Guardó silencio y se mantuvo de pie, viéndolo. El retrato se elevó apenas unos centímetros y la abuela dijo: “Yo también”. El retrato descendió con suavidad. La abuela lo besó, le dio las buenas noches y se retiró.

Desde entonces terminaron las caídas del retrato, los malos entendidos y los sustos. La vida y la muerte convivieron sin contratiempos hasta que un día, mientras pretendía renovar los jazmines, la abuela empezó a caminar con mayor pesadez, avanzó apenas unos pasos, trastabilló y se desplomó sin testigos.

Los relojes sobrevivientes continuaron marcando las horas para nadie. La casa guardó silencio hasta que llegó el domingo y las infaltables visitas encontraron las puertas abiertas, un remoto olor a muerte, un leve aroma de jazmines y el cuerpo de la abuela tendido en el piso con el retrato del abuelo a su lado.